



los Libros | el legado de ortega y gasset

El pensador en su laberinto. ¿Cómo entender al autor de 'España invertebrada' en 2022? ¿Según la agresividad y displicencia de algunos

A FAVOR

La filosofía como un secreto a voces

por Domingo Hernández

Más de una vez dijo José Ortega y Gasset que la filosofía es un apetito de transparencia. Aludía, claro, al trabajo sobre las superficies, a ese deseo de manifestar lo oculto que dirige toda investigación filosófica. En el caso de Ortega, además, ello implicaba al pensamiento teórico, por supuesto, pero también a la historia de la filosofía y, quizá sobre todo, al estilo, al modo de expresar esa curiosidad por lo eterno que suele caracterizar al decir filosófico.

Y es que la palabra y el ser, el lenguaje y el concepto, ya articulan en su relación dialéctica una transparencia y una profundidad que en el pensamiento orteguiano son ineludibles. «Frente al misticismo, la filosofía quisiera ser el secreto a voces», afirmaba en el curso de 1929 sobre *¿Qué es filosofía?*, a lo que habría de añadirse que tales voces exigían el mismo cuidado que el secreto desvelado. Por ello es tan importan-

te la atención al texto orteguiano. De hecho, quizá pueda ser esta relación entre el pensar y el decir una de las claves para entender su discurrir filosófico.

Expresado todo ello de un modo escueto y casi caricaturesco, las fases del proceso son conocidas: el aire *nietzscheano* y romántico de los años de formación; el aprendizaje de la «filosofía difícil» con los maestros neokantianos en los viajes a Alemania; el descubrimiento de la fenomenología, esa «buena suerte», en términos del *Prólogo para alemanes*, que dotaba de *carne* a la técnica sistemática aprendida; la superación del idealismo como tema de nuestro tiempo; la afirmación tajante de la vida como realidad radical y, desde ahí, la configuración del raciovitalismo; la razón histórica y la razón narrativa como complementos fundamentales... hasta llegar a aquella ultrafilosofía de la que hablaba en cursos y proyectos de los últimos años, donde el sentir dialéctico de la filosofía y su historia parecían solaparse con la propia biografía. En el fondo, siempre fue así.

En efecto, cuando en 1914 Ortega publica *Meditaciones del Quijote* no sólo inaugura una filosofía que percibe al yo como algo inseparable de sus circunstancias, que se apoya sobre un solidario perspectivismo y que trabaja sobre la relación entre superficies mediterráneas y profundidades conceptuales. Inaugura una filosofía, sí, pero también el modo de expresarla. Y es que el hecho de que esas *Meditaciones* sean unas «salvaciones» y unos «ensayos de amor intelectual» no es algo accesorio. Se trata de la conexión

EN CONTRA

Instrumentalización constante

por Gregorio Morán

Detrás de todo aniversario laten razones que van más allá del autor y que debemos buscar en nuestras inclinaciones por encontrar instrumentos que nos sean útiles en la vida política. Es el caso de la *España invertebrada* de Ortega. El éxito de este librito, con un título más que atractivo, consagrará a Ortega y Gasset como el pensador más prometedor y notable de su época, con tan solo 37 años.

La hechura de la *España invertebrada* es deudora de su carácter periodístico; práctica que será habitual en él para numerosos libros y muy especialmente en su *Rebelión de las masas* (1929), final de un ciclo. El periodismo de opinión, junto a la política, van a estar constantemente contorneando su obra y su vida. Estas dos querencias, por más que sean negadas con reiteración y cierta alevosía por las sucesivas parroquias orteguia-

nas, son imprescindibles para entender el carácter de su pensamiento.

Ortega y Gasset conformará el mundo ideológico español del siglo XX y eso es tan indiscutible como incomparable. Sus más críticos adversarios no harán otra cosa que confirmarlo. Desde Unamuno, su colega mayor en el gremio de las ideas, hasta Luis Martín-Santos, cuyos sarcasmos en *Tiempo de silencio* son una prueba del atractivo y la frustración que generaba incluso después de muerto y muy enterrado. Es curioso el esfuerzo de los orteguianos académicos –la fauna más agresiva y displicente de su enteco discipulado– por convertirle en profeta de las ideas y hasta iluminador del presente. Algunos llegan hasta la osadía de hacerle referente del «Estado de las autonomías». En los 80 asistí perplejo a una conferencia del otrora gran compilador de Manuel Azaña, Juan Marichal, transterrado en Harvard, que convirtió al maestro Ortega en acérrimo socialista. Fue en la Residencia de Estudiantes y ante un público gubernamental que encabezaba el vicepresidente Alfonso Guerra.

La instrumentalización de Ortega y Gasset ha sido una constante a la que ha ayudado su particular estilo de convivir en la vida política. *España invertebrada* será una pieza angular de un discurso que abre una década de fecundidad. «Desde comienzos de los años 20, Ortega, convertido en orientador de la vida intelectual española, se hace más radical en sus formulaciones y más conservador en sus actitudes», es-



orteguianos académicos? ¿O acaso con el distanciamiento o la hostilidad de sus críticos, como fue el caso de Unamuno? ¿Fue instrumentalizado o

jamás se dejó domesticar por sus seguidores? La propia existencia de esas preguntas supone la constatación de que, a pesar de todas

las polémicas –y las burlas, como las que le dedicó Luis Martín-Santos en ‘Tiempo de silencio’– su figura y su pensamiento continúan vivos

con una tradición, la humanista, que Ortega no abandonará. El camino estaba iniciado: el ensayismo, así, no sólo aludirá a la forma, sino también a la realidad desgajada en perspectivas y al modo circunstancial de acercarse a ella por parte del sujeto.

La filosofía orteguiana se constituirá desde este momento como una necesidad del presente –el de Ortega–, que se apoya en varios pasados –el de la filosofía alemana, el de la historia de la filosofía y el de nuestra tradición más propia– para construir una filosofía distinta, que no desprecia profundidades, pero sabe que trabaja sobre las superficies. Someter la razón a la vitalidad, unir lo temporal con lo eterno o conjugar lo histórico con lo sobrehistórico, en el fondo, no son más que exigencias de tal punto de partida para con-

figurar una nueva mirada a la altura de la época. Por ello, eso que Ortega llamaba «el tema de nuestro tiempo» no es más que una expresión de urgencias: la necesidad de la nueva sensibilidad, que exige el abandono de todo tipo de radicalismo, utopismo o idealismo y sitúa a la vida en una posición privilegiada que atiende de modo especial a las variaciones históricas y que no prescindía de la cultura o la razón, pero tampoco se deje dominar por ellas.

Los grandes temas de la filosofía de Ortega –es decir, la vida como realidad radical, el carácter biográfico de la existencia, la condición narrativa del personaje que cada uno hacemos de nosotros mismos, la constante necesidad de elegir ante el cúmulo de posibilidades, la dialéctica entre vocación y destino o, quizá sobre todo, la vida como futuriación– expresan en su conjunto este modo de desplegarse razón vital y razón histórica ante todo tipo de circunstancias y perspectivas. Lo hacen siempre bajo cierta continuidad dialéctica entre particularidades, sean las que sean, que se apoya en el carácter ensayístico y tanteador de realidades y filosofías. Al fondo, la ineludible necesidad de perfeccionamiento y ampliación. **L**

Domingo Hernández es catedrático de Estética y Teoría de las Artes de la Universidad de Salamanca. Ha realizado ediciones críticas de *La rebelión de las masas* y *El tema de nuestro tiempo* de Ortega y Gasset.

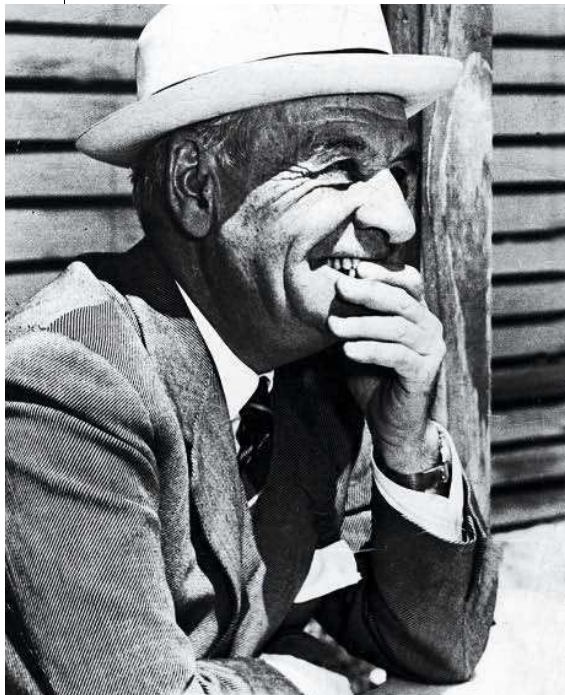
archicitada aventura, breve e inane, de la Agrupación al Servicio de la República, con la que salió diputado (por León!), gracias al apoyo de la coalición republicano-socialista.

La brillantez del discurso de *España invertebrada* incluye ideas notables y algunas de las inevitables ocurrencias orteguianas. Sus breves páginas dedicadas al *particularismo* de la vida española y su esbozo del fenómeno independentista catalán y vasco están cargadas de sentido. Otras, como la inexistencia de feudalismo en nuestra larga Edad Media y sus consecuencias negativas, hay que leerlas como una singularidad retórica del Maestro. «El secreto de los grandes problemas españoles», escribe, «está en la Edad Media».

El meollo de su reflexión radicarán en la doble ausencia de «una minoría rectora» y de unas masas, no solamente obreras, que siguen las pautas de una burguesía ignorante y soberbia que se niega a aceptar la superioridad del talento.

Leer el Ortega de *España invertebrada* ayuda a pensar por uno mismo; es un notable documento de época. Con eso bastaría para confirmar una desapaible y actualísima afirmación incluida en el libro: «España se arrastra invertebrada, no ya en su política, sino en la convivencia social misma». **L**

Gregorio Morán es periodista y autor de *El maestro en el erial*. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo.



EFE

cribí en *El maestro en el erial* (1998). Apoyará, en su estilo siempre sinuoso, la Dictadura de Primo de Rivera y dejará cuenta de ello como editorialista principal del diario *El Sol*. Unamuno no se lo perdonaría nunca. Tampoco Valle-Inclán. La esperanza orteguiana en la Dictadura durará cuatro años a partir de los cuales iniciará una nueva andadura, siempre en las pautas marcadas ya en su *España invertebrada*, hacia una República de tendencia conservadora en la que participará durante dos años, para terminar en un proyecto que le sumirá en el vacío político, el Partido Nacional. En 1933 volverá a su cátedra.

Me acerco a rasgos de su biografía política porque Ortega tendrá siempre una vocación política a la que se ha tenido especial cuidado en ocultar fuera de la